

Los musulmanes, divididos en dos cuerpos, compuesto el uno de españoles, el otro de africanos; dirigieron el Duero arriba, y hallaron á los cristianos acampados en Calatañazor (*Kalat-al-Nosor*, altura del buitre, ó montaña del águila). Cuando los exploradores árabes (dice su crónica) descubrieron el campo de los infieles tan extendido, se asombraron de su muchedumbre y avisaron al hajib Almanzor, el cual salió en persona á hacer un reconocimiento y á dar sus disposiciones para la batalla. Hubo ya aquel día algunas escaramuzas que interrumpió la noche. En la corta tregua que esta les dió, añade el escritor árabe, no gozaron los caudillos musulimes la dulzura del sueño: inquietos y vacilantes entre el temor y la esperanza, miraban las estrellas y á la parte del cielo por donde habia de asomar el día. Al divisar el primer albor que tanto suele alegrar á los hombres, los tímidos sintieron como anublarse su espíritu, y el toque de añafes y trompetas estremeció á los mas animosos. Almanzor hizo su oración del alba: ocuparon los caudillos sus puestos, y se reunieron las banderas. Moviéronse tambien los cristianos y salieron con sus haces bien ordenadas: el clamoreo de los musulmanes se confundió con el grito de guerra de los cristianos: las trompetas y atambores, el estruendo de las armas y el relincho de los caballos hacian retumbar los vecinos montes y parecia hundirse el cielo.

Empeñóse la lid con furor igual por ambas partes.

Los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos (es la espresion del escritor árabe), y sus caudillos alentaban á sus guerreros por todas partes. Almanzor revolvía acá y allá su fogoso corcel que semejaba á un sangriento leopardo: metíase con su caballería andaluza por entre los escuadrones de castilla, é irritábale la resistencia que encontraba «y el bárbaro valor de los infieles.» Sus caudillos peleaban tambien con un arrojo que nosotros á nuestra vez podríamos llamar bárbaro. Con las nubes de polvo que se levantaban se oscureció el sol antes de su hora, y la noche estendió antes de tiempo su ennegrecido manto. Separáronse con esto los guerreros sin que ninguno habiese cejado un palmo de terreno: la tierra quedó empapada en sangre humana: la victoria no se sabia por quién.

Habia Almanzor recibido muchas heridas. Retirado por la noche á su tienda, y observando cuan pocos caudillos se le presentaban, segun costumbre despues de un combate, «¿Cómo no vienen mis valientes? preguntó.—Señor, le respondieron, algunos se hallan muy mal heridos, los demas han muerto en el campo.» Entonces se penetró del estrago que habia sufrido su ejército, y antes de romper el día ordenó la retirada y repasó el Duero marchando en orden de batalla por si le perseguían los cristianos. Sintióse en el camino Almanzor abatido y desalentado: recrudeciéronsele y se le enconaron con la agitacion

las heridas de tal modo, que no pudiendo sostenerse á caballo, se hizo conducir en una silla y en hombros de sus soldados por espacio de catorce leguas hasta cerca de Medina Selim (Medinaceli). Allí le encontró su hijo Abdelmelik (á quien no sabemos cómo no llevó á la batalla) enviado por el califa para adquirir nuevas de su padre. A tiempo llegó solamente para recoger su postrer aliento, pues allí mismo y en sus brazos espiró el héroe musulmán á los tres días por andar de la luna de Ramazam, año 393 de la hegira (9 de agosto de 1002), y á la edad de 63 años <sup>(1)</sup>.

Sus restos mortales fueron sepultados en Medinaceli, cubriéndolos con aquel polvo que, como dijimos, se habia ido depositando en una caja del que sus vestidos recogian en los combates. Cumplióse la ley del Coran que decia: «Enterrad á los mártires segun los coges la muerte, con sus vestidos, sus heridas y su sangre. No los laveis, porque sus heridas en el día del juicio despidirán el aroma del almizcle.» Su hijo Abdelmelik Almudhaffar que tomó el mando del ejército, le hizo tambien los honores fúnebres, y sobre su sepulcro se inscribieron sentidos versos <sup>(2)</sup>.

(1) Muchos de nuestros historiadores, y entre ellos Mariana, anticipan con manifiesta equivocacion tres años esta memorable batalla, y por consecuencia de este error hacen asistir á ella á Bermudo el Gotoso. Bien que no es posible formar idea por Mariana ni de los hechos de Almanzor ni de los sucesos de los reinos cristianos de aquel tiempo. Encontrámosle lleno de inexactitudes y de aventuras fabulosas y hasta absurdas. Sentimos tener que censurar á tan respetable escritor, pero no podemos prescindir de nuestro deber histórico.

(2) Conde copia la traduccion que de uno de sus epitafios hizo

Asi acabó el famoso Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer, conocido por Almanzor, despues de veinte y cinco años de continuados triunfos, y que hasta su muerte se habia creido invencible. Lloráronle los soldados con amargura: «¡perdimos, esclamaban, nuestro caudillo, nuestro defensor, nuestro padre!» Con luto y afliccion universal se recibió en Córdoba la nueva de su muerte, y en mucho tiempo ni la ciudad ni el imperio se consolaron; ó por mejor decir, no pudieron consolarse nunca, porque la muerte del grande hombre habia de llevar tras sí la muerte del imperio. Dice nuestro cronista el Tudense, que luego que murió Almanzor se dejó ver á las márgenes del Guadalquivir un hombre en traje de pastor que andaba gritando, unas veces en árabe y otras en castellano: «*En Calatañazor Almanzor perdió el tambor.*» Y que cuando se acercaban á preguntarle se ponía á llorar y desaparecia á repetir las mismas palabras en otra parte. «Creemos, añade el piadoso cronista, que aquel hombre era el diablo en persona, que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habian sufrido los moros.»

su amigo don Leandro Fernandez de Moratin, y es como sigue:

No existe ya, pero quedó en el orbe  
Tanta memoria de sus altos hechos,  
Que podrás, admirado, conocerle  
Cual si le vieras hoy presente y vivo:  
Tal fué, que nunca en sucesion eterna  
Darán los siglos adalid segundo,  
Que así, venciendo en guerras, el imperio  
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.